EDITORIAL

No es de extrañar que el habitante promedio del Pacífico o del Centro de Nicaragua, que usualmente vive ajeno a la realidad política en que se desenvuelven los ciudadanos costeños repita, en forma espontánea y sin fundamento, la desacertada opinión general que actualmente han puesto en boga analistas sociales, periodistas y personajes de la política, entre otros, en el sentido que los resultados de las elecciones regionales autónomas expresan el desinterés del pueblo costeño por el proceso de autonomía que, desde 1987, con la aprobación del Estatuto de Autonomía (Ley 28), se lleva a cabo en la Costa.

No es una sorpresa escuchar esta atrofiada e histórica percepción de los acontecimientos que se dan en el este de Nicaragua. Algunos piensan que el gasto de estas elecciones regionales autónomas no compensa los resultados que, aparentemente, revelan un "yoquepierdismo" de sus habitantes ante el fenómeno electoral y por ende por el proceso de autonomía. Esto es verdaderamente preocupante, ya que entraña una posición minimizante respecto a un proceso que es tan importante para las reivindicaciones de las minorías étnicas de Nicaragua.

El objetivo central de la autonomía, su naturaleza, es establecer un marco político que posibilite las reivindicaciones de los costeños, ***principalmente*** *las de las etnias minoritarias nicaragüenses: ramas, garífunas, mayangnas, miskitas y creoles, quienes han sido atropelladas en sus derechos económicos, territoriales y culturales, por más de cien años. Estas minorías sí están interesadas en la autonomía, mucho más que la gran cantidad de inmigrantes mestizos que desde hace unos treinta años vienen incrementando aceleradamente su población en las regiones autónomas, gracias al avance de la frontera agrícola.*

Según el Instituto para el Desarrollo de la Democracia (IPADE), el porcentaje de votantes que acudieron a varias circunscripciones cuya población pertenece a alguna de las etnias mencionadas anteriormente supera sustancialmente al número de votantes de zonas de mayoría mestiza. Tal es el caso del triángulo minero en donde los sectores uno, dos, tres y cuatro, de Siuna, por ejemplo, registraron paupérrimos porcentajes de votación del 30.30%, 26.68%, 38.40% y 29.99%, respectivamente. Similares resultados se obtuvieron en Bonanza (34.10%) y Rosita urbano (42.28%) y rural (40.12%). Mientras que los sectores de robusta población indígena, como Río Coco arriba (57.38%), Río Coco abajo (66.28%), Río Coco llano (53.96), Yulu, Tasba Pri, Kukalaya (56.79%), litorales norte y sur de la RAAN (58.06%) y las comunidades de la etnia garífuna (66.97 %) localizadas en la RAAS (Orinoco, La Fe y San Vicente), reflejan todas ellas, si no el "gran entusiasmo" esperado por los expertos del Pacífico, al menos una "modesta" preocupación de las minorías étnicas del país por la suerte de su autonomía. Y es que no se puede esperar menos de un proyecto cuyo torpedeo por parte de los sucesivos gobiernos nacionales ha desilusionado sensiblemente a sus actores.

El Estado nacional y los sectores interesados, pero principalmente el nuevo Gobierno, en el marco de los compromisos firmados entre él y el partido autóctono costeño más importante actualmente, durante el curso de su campaña electoral, deben analizar las causas de esta abstención y tratar de descubrir las razones de esta aparente abulia, con el objetivo de tratar de implementar medidas que fortalezcan este abandonado proyecto de autonomía que significa tanto no sólo para los costeños sino también para la comunidad internacional que ve este proceso como el más ambicioso proyecto de descentralización política en el continente.